

S 2017/ HUESCA

Por **FÉLIX GENERELO GIL**  
De la Asociación Española de  
Militares Escritores

**W**ALTER Scott con su héroe famoso, Ivanhoe, fue uno de los primeros acicates que impulsaron, desde los lejanos años de la juventud, mi afición por la literatura, la historia y el romanticismo. Últimamente se percibe un renacer del interés general por la narración histórica y son muchos los autores que basan su inspiración en la edad media, tildada en tiempos pasados de época oscura y tenebrosa. Una época en la que los castillos fueron escenarios, imprescindibles, de aventuras caballerescas. En este renacer, he tenido ocasión de leer recientemente a autores aragoneses que lo corroboran: Lorenzo Mur, con su “Wasqa, el Juicio de Dios” y Luis Zueco, este último fabulando la construcción del castillo de Loarre.

Para conocer la historia del monumento histórico de Montearagón, en parte castillo y en parte monasterio-abadía, existen fuentes ligadas a la historia de la conquista de Huesca y del salto a las llanuras que dieran los primeros aragoneses, de las que han bebido nuestros clásicos del siglo XVII, Zurita, Aynsa, Segura y posteriores como el Padre Huesca o Ricardo del Arco o más cercanos todavía como Antonio Durán, los hermanos Ubieto Arteta, Damián Peñaró o María Dolores Barrios y una pléyade de autores aragoneses, que se ocupan más genéricamente de la historia de Aragón.

Pero no es de esta historia desenterrada de los archivos y necesaria para conocer nuestros ancestros, de la que queremos tratar, sino de la inmersión que nuestro castillo ha tenido a través de los tiempos en las letras españolas, en la literatura pura revestida de su carácter creativo e imaginario.

Ya en la lejana época del aragonés Jaime I, su yerno, Alfonso X de Castilla, en la gran aportación que hace a la lengua culta del momento a través de las “Cantigas en honor de Santa María”, cita a Montearagón en una de las dedicadas a Nuestra Señora de Salas.

El relato narra cómo el infante don Fernando, hombre más de armas que de rezos, aunque fuera abad de Montearagón, quiso hacer justicia en el prior de Santa María de Salas, acusado de “mandar hacer moneda” y ordenó a sus hombres que lo prendieran. El prior se refugió en el cementerio de Santa María de Salas, de donde los hom-



Castillo de Montearagón en una imponente estampa.

## Montearagón en la literatura

bres del abad lo sacaron violentamente. La Virgen dio entonces un grito que hizo temblar la tierra y apartando de sí a su hijo perdió el color y la hermosura. El infante abad, arrepentido de la violación del recinto sagrado, dejó libre al prior e hizo penitencia entrando en la iglesia con su gente, todos con dogales al cuello. La Virgen, para demostrar que los perdonaba, acercó de nuevo a su hijo, pero no volvió a recobrar su color.

Llegaría el siglo XIX y el “romanticismo” prendería en nuestra literatura. Los castillos emergerían con fuerza en las narraciones de la época, entre brumas y ruinas que potenciaban el misterio de las leyendas evocación del pasado. El castillo de Montearagón era escenario propicio. El oscense Bartolomé Martínez Herrero, nacido en 1816, hombre de leyes licenciado por la Universidad Sertoriana, fue de los primeros en llorar el desmoronamiento acelerado que causara la desamortización:

“El baluarte levantado por los aragoneses, el Alcázar de sus reyes y la casa de Religión constituida, se vieron pronto convertidas en ruinas hacinadas, y en mercado público de los materiales producto del derribo: las ma-

deras, los ladrillos y algunas paredes de piedra no resistieron a la destrucción”...

Poco después, un menorquín, bautizado en 1819, José María Quadrado, daba noticia del progreso de la ruina describiendo el pavoroso incendio sospechosamente intencionado que tuvo lugar en 1844:

“... en el interior de las ventanas no se descubre sino el azulado cielo, y sus paredes jaspeadas con hondas grietas presentan en negras manchas y boquerones vestigios del maligno ó fatal incendio que en estos últimos años amenazó devorar la fundación del rey Sancho. Involuntariamente se ofrece á la imaginación aquella terrible noche en que el monte aparecía transformado en volcán y en cráter el monasterio, ora destacando oscuro sobre la

claridad cual gigantesca sombra, ora inflamado cual siniestro cometa, en que crujieron de pena é indignación los muros fabricados por los conquistadores de Huesca, y asomaban las llamas por las ventanas u ondeaban cual rojo plumero de un casco sobre las almenas de las torres.”

Y sintiéndose profeta se atreve a pronosticarle un amargo futuro:

“...cuando perezcan las tradiciones, y la fábrica de Montearagón se haya nivelado con el suelo, se asombrarán nuestros raquíuticos descendientes a vista de sus profundos cimientos y gruesos murallones; y al seguir su vasta cerca, se preguntarán el objeto y significado de aquellas moles ciclópeas, y se perderán en conjeturas, sin acertar jamás que fuera simplemente aquella una casa de oración levantado como de paso durante los ocios de un asedio.”

En 1854, sale a la luz una novela de juventud de Antonio Cánovas del Castillo: “La Campana de Huesca”. En ella, Ramiro II aparece recorriendo las dependencias del castillo-abadía para ser escuchado en confesión por el abad. El autor hace un canto a la pasada grandeza del castillo y entona una elegía por su triste destino:

¡Qué otro estás, Mont-Aragón,

de cómo fuiste en tiempo!

¿Quién conociera en ti aquel recinto que fue asiento de preladados y ciudadela de guerreros y corte de magníficos reyes?

¿Quién diría al verte que en ti anduvo cifrada la esperanza y la fortuna de aquella gente heroica que conquistó luego a Sicilia y Atenas, y dio pavor con sus armas a los más altos príncipes de la tierra?...

¡Ah! ¡Muy otro estás, Mont-Aragón, de cómo te vieron los pasados siglos!

Ya no hay en ti corte, ni templo, ni fortaleza. Levantábanse tus torres ciento y sesenta palmas sobre el alta montaña, y hoy, rebajadas y carcomidas, no son sino pregoneros de tu mengua... Solo albergan tus bóvedas altares deshechos y tumbas abiertas, y cenizas mezcladas con el polvo de las ruinas; cenizas de conquistadores y de santos. Y quien busca en ti a D. Alonso el Batallador, halla únicamente el hundido pavimento donde yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna donde guardaron sus restos nuestros padres...

Los que vivimos en esta edad de cristiana indiferencia, tenemos mucho que aprender en aquellas piedras, levantadas por hombres que sabían hacer guerras de ocho siglos, y edificar ca-

**ALFONSO X DE CASTILLA, A TRAVÉS DE LAS “CANTIGAS EN HONOR DE SANTA MARÍA”, CITA A MONTEARAGÓN**